

**LOS TRISTES DEBEN PONERSE  
EN MANOS DE DIOS**



# LOS TRISTES DEBEN PONERSE EN MANOS DE DIOS

Si quieres escucharlo o leerlo, visita nuestra página web:  
(El audio es grabado por Jorge Lapuente)

**[www.eresbautizado.com](http://www.eresbautizado.com)**

**<https://www.facebook.com/eresbautizado>**

**49454**

VISITAS PARA ESCUCHAR LOS LIBROS POR INTERNET

TOTAL DE EJEMPLARES 875,000 REGALADOS  
175 LIBROS

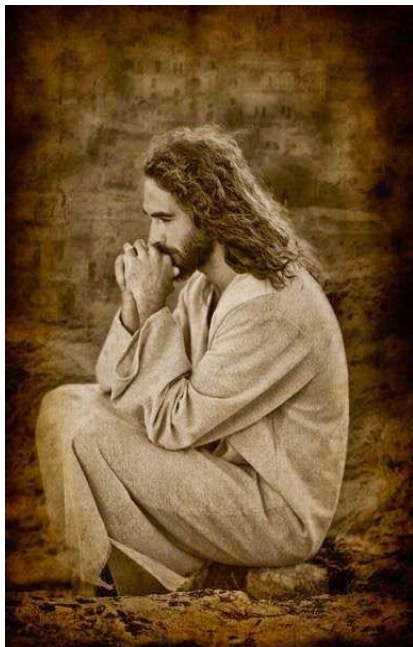
TOTAL DE VISITAS 49,454 Y LIBROS REGALADOS 875,000 = 924,454

**Primera Edición**

**JULIO 2017**

**5,000 Ejemplares**

## LOS TRISTES DEBEN PONERSE EN MANOS DE DIOS



“El demonio aprovecha la tristeza para tentar a los buenos, intentando hacer que estén tristes en la virtud, igual que intenta que los malos se alegren de sus pecados. Del mismo modo que sólo puede tentarnos para que hagamos el mal consiguiendo que ese mal parezca atractivo, sólo puede tentarnos para que nos apartemos del bien consiguiendo que ese bien carezca de atractivo. Le encanta vernos tristes y desesperanzados, porque él está triste y

desesperanzado por toda la eternidad y querría que todo el mundo fuese como él”.

Nadie elige el mal por sí mismo. Somos incapaces de hacerlo, porque hemos sido creados por Dios y nuestra voluntad sólo reacciona ante el bien. Cuando uno hace el mal, siempre está buscando un bien para sí mismo, ya sea disfrutar del coche robado, de la joven secretaria o del agrí dulce desahogo de la venganza.

La tentación, en estos casos, consiste en hacer que sólo tengamos ojos para el placer inmediato que proporcionará el pecado, mientras “olvidamos” intencionadamente del mal que va a sufrir el vecino o incluso el que sufriremos nosotros más tarde. Es algo que todos conocemos muy bien, porque nos



confesamos de cosas así siempre que acudimos al confesionario.

No solemos pensar que la tristeza sea una tentación. El mismo nombre del pecado al que nos incita resulta extraño y desconocido para la mayoría de los cristianos de hoy: la acedia. No es extraño, pues, que caigamos constantemente en esa tentación que se presenta “de incógnito”, con resultados desoladores.

La acedia es el componente espiritual de la pereza. Es el desgano por las cosas de Dios, por la virtud, por la oración, por el bien, por la santidad y por hacer la Voluntad de Dios. Está ligada directamente a la falta de esperanza.

La acedia es, por ejemplo, el terrible engaño que consigue que, ante la maravilla de las maravillas que es la Eucaristía, el Sacrificio de la Misa, la Pascua de Nuestra Salvación, el Banquete del Señor, el centro y culmen de la vida cristiana, que se une a la liturgia del Cielo y que hace presente ante nuestros ojos la muerte de Cristo en la Cruz y su resurrección, nuestra reacción no sea la admiración, sino el desgano y, en el mejor de los casos, el cumplimiento de un precepto a modo de simple trámite.

La acedia, pues, está muy relacionada con la envidia. Si la envidia es la tristeza por el bien ajeno (o alegría por su mal), la acedia es tristeza ante el bien de la gracia, ya sea en sí o incluso en uno mismo. Por eso, hace que uno se entristezca de las cosas que suelen alegrar



y entusiasmar a los que aman a Dios, como la vocación a la santidad, la consagración a Dios, la liturgia, las virtudes, la doctrina de la Iglesia, la vida

de los santos y la conversión.

El pecado de acedia no sólo tiene efectos terribles sobre el que lo comete, sino que también es, probablemente, el mayor obstáculo para la evangelización. La acedia hace que tu cristianismo parezca una repugnante enfermedad que nadie quiere arriesgarse a coger. También es la verdadera explicación de la falta de vocaciones de algunas personas. ¿Quién va a querer ser

cristiano como tú, si no haces más que quejarte, si das la impresión de que Dios te ha fastidiado al concederte la fe? ¿Quién va a querer ser cristiano, si los únicos cristianos que conoces tienen cara de acelga?, ¿quién va a querer parecerse a ti, si más que parecerte a Cristo, te pareces al demonio y siempre estás triste como él? La acedia convierte la vida cristiana o la vocación a la vida consagrada en algo insípido, pesado, desagradable, soso y aburrido y los demás lo notan enseguida.

El demonio nos oculta a los cristianos la misma existencia del pecado de acedia y las terribles consecuencias que tiene el desgano por las cosas de Dios. Y, desgraciadamente, también ha tenido mucho éxito. Por mil personas que se confiesan de lujuria o de ira, habrá una que se confiese de acedia. Y me atrevería a decir





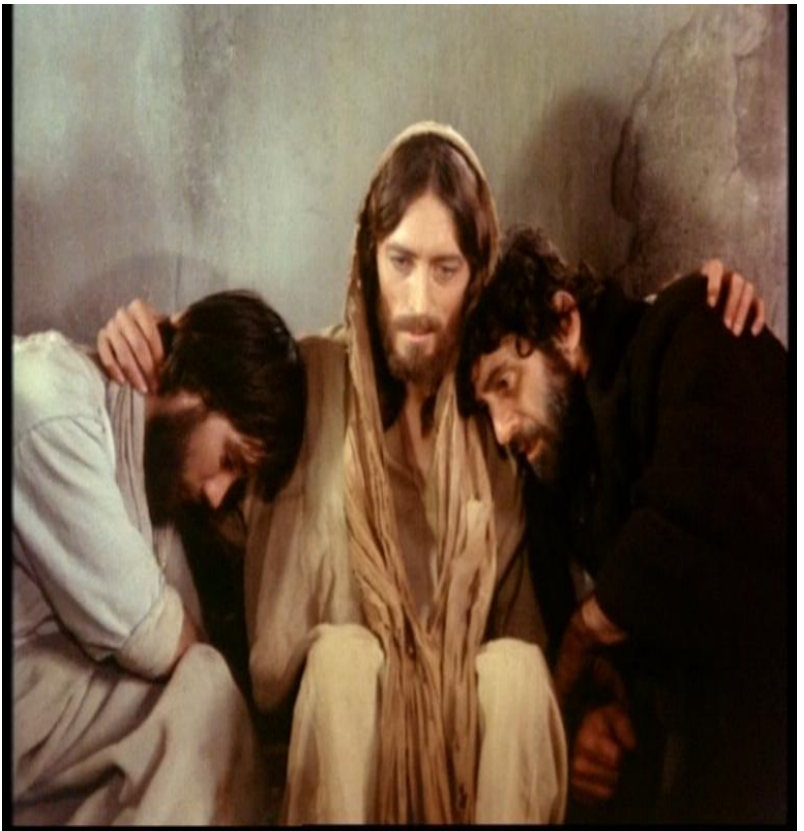
que la acedia es, de suyo, mucho más peligrosa que aquellas, porque convierte en cenizas en nuestra boca el vino nuevo de la

salvación. Es un pecado, porque, a diferencia de los otros pecados, ni siquiera nos proporciona un placer, aunque sea fugaz y tengamos que pagarlo caro, sino que, al contrario, destruye la felicidad que Dios nos regala abundantemente.

Todos sabemos que hay que luchar contra la falta de caridad. También suele aceptarse que la fe es esencial para un cristiano. Sin embargo, en paralelo con el olvido de la

acedia, apenas habrá quien luche decididamente contra la desesperanza, a pesar de que es el pecado contra el que Jesús advirtió con las palabras más duras de todo el Evangelio: “No será perdonado ni en esta vida ni en la otra”.

Por otra parte, para alimentar esos dones gratuitos de lo alto una vez que los hemos recibido, podemos y debemos luchar por abrir el corazón aún más a la acción de Dios, avivando la llama que Él mismo ha encendido en nuestras almas. La conversación con personas buenas y que aman a Dios. La Misa diaria, que es la fuente misma del fervor de la Caridad y puede ablandar el corazón más endurecido. Las jaculatorias repetidas a menudo, como la oración del corazón: Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí, que soy un



pecador. La acción de gracias a Dios, recordando uno por uno los miles de regalos que nos ha conseguido.

En la vida siempre encontrarás sufrimientos, preocupaciones, problemas, pérdidas, enfermedades, pero debes llevarlos como hijo de Dios, sin agobios inútiles, sin rebeldía o tristeza. Jesús enseña lo que debes hacer si sientes que el mundo se te viene encima, cuando la cruz es grande y sientes que no puedes más.

Todos pasamos por situaciones difíciles en nuestra vida: debilidades personales, enfermedades, dolor, pérdida de un ser querido, dificultades en el trabajo o de dinero, problemas de los hijos o de los padres, calumnias, infamias, injusticias...y ¿cuál es tu reacción? Miedo, angustia, temor, excesiva preocupación.

Sabes ¿por qué? ... porque buscas apoyarte solamente en ti mismo, en lo que tú piensas,



en lo que tú sientes, en lo que tú podrías hacer para resolver las cosas... te apoyas solamente en tus fuerzas humanas y casi siempre el problema es mucho más grande que tú.

Te olvidas de algo muy importante: Dios está siempre contigo, Él todo lo puede en todo momento. Él es tu

seguridad. En momentos difíciles, Dios nunca se olvida de ti.

## ORACIÓN

“Señor Jesús, Tú conoces mi tristeza que ahoga mi corazón y sabes el origen de ella. Hoy me presento ante Ti y te pido, Señor, que me ayudes, pues ya no puedo seguir así.

Sé que Tú me llamas a vivir en paz, con serenidad, gozo y alegría, incluso en medio de las dificultades cotidianas. Por eso hoy te pido que pongas tus benditas manos en las llagas de mi corazón, que me hacen tan sensible a los problemas y me liberes de la tendencia a la tristeza y a la melancolía que anida en mí.

Hoy te pido que tu gracia vaya restaurando mi historia, a fin de no vivir esclavizado por el recuerdo amargo de los acontecimientos dolorosos del pasado. Como ellos han pasado, ya no existen, te entrego lo que pasé y lo que

pasaron las personas amadas; lo vivido y lo sufrido por nosotros.

Quiero perdonarme y perdonar, a fin de que tu gozo comience a fluir en mí. Te entrego las tristezas unidas a las preocupaciones o a los temores del mañana. Ese mañana tampoco ha llegado, por lo tanto, sólo existe en mi imaginación. Sólo hoy debo vivir y sólo hoy debo caminar en tu alegría. Aumenta mi confianza en ti, para que aumente en mi alma el regocijo. Tú eres Dios y Señor de la historia y de la vida, de nuestras vidas. Por eso toma mi existencia y la de las personas amadas, con todos nuestros quebrantos, con todas nuestras necesidades y que con la ayuda de tu poderoso amor se desarrolle en nosotros la virtud de la alegría.

**AMÉN**

